

## FORMAS DE ASUMIR Y SUPERAR LA SERIEDAD

*Carlos Enrique Berbeglia*

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino*

Entre las clasificaciones habituales para ordenar el ámbito del quehacer humano sobre la base de oposiciones presuntamente observables, las teorías socio-antropológicas no han dado cabida a la de las culturas prevalentemente "serias" *versus* aquellas en donde las mismas disposiciones, costumbres, sistemas legales, modos de intercambio con el medio, convivencia entre distintas clases o grupos, maneras de distraerse o lo que fuere autorizan el adjetivo de "informales". Lo que sucede es que, de hecho, no existen culturas con características de "informalidad" determinantes. Incluso si adoptáramos un criterio falsamente evolutivo, descubriríamos que, cuanto más "primitiva" o "anterior" aparece la cultura que estudiamos, mayor resulta el elenco de interdicciones y consentimientos pautados que la regulan, no permitiéndose a sus miembros sino muy escasas evasiones a sus reglas.

Así, la "informalidad" tanto en el vestir como en otras actividades de la vida social, es decir, la posibilidad de desacatar ciertas normas que imponen conductas estereotipadas y precisas, aparece bastante tarde en el desarrollo de la civilización. Como fenómeno reciente, en Occidente al menos, su registro data de varios años después de concluida la Segunda Guerra Mundial. Incluso cuando los historiadores caracterizan ciertas épocas como "períodos de decadencia", el aflojamiento de la rigidez canónica establecida por los fundadores, míticos o no, de cada cultura en los tiempos pretéritos no suele implicar una ruptura abierta con las formalidades impuestas "desde antes", sino un paulatino reemplazo de las mismas por otras maneras menos rigurosas de conducirse. El "dandysmo" propio del siglo XIX se convierte en una muestra clara de lo dicho: un desligamiento con respecto a un orden considerado esclerótico y anticuado a partir de la adopción de un sistema de vida, aunque opuesto, no menos riguroso y reglamentado, imposible de evadir para quienes buscaban estar *à la page* de las exigencias del tiempo.

Transcurridos desde entonces casi ciento cincuenta años, apreciamos, en el umbral del siglo XXI, cómo otras informalidades, acaso más salvajes y contestatarias - por ejemplo, los *punkies*-, respetan una normativa implícita en la conducta de sus grupos (léxicos, costumbres, vestimentas) y, todo ello, en el marco de las sociedades más liberales que la historia de la humanidad ha conocido hasta ahora. Cabe sospechar que, si existe un marco normativo y axiológico que cohesiona los grupos sociales, incluso los rebeldes (o los que se rebelan contra el orden establecido), éste muestra el rasgo de formalidad en el acatamiento a las normas y la adhesión a los valores del grupo. Este rasgo emparenta tanto a un grupo guerrillero, a un ejército profesional, a una orden monástica o a una comunidad vegetariana. En concreto, si un movimiento se precia de "informal", sólo será admitido bajo esa acepción por el medio "normal" al que se opone cuando formalice su informalidad, cuando sus reglas de mostración sean precisas. Hasta tanto esto no ocurra, no superará los límites de un simple desvío intrascendente a lo impuesto.

*La libertad de los grupos sociales se encuentra más restringida que la de sus componentes. A éstos, en las sociedades complejas y con elevado grado de movilidad, les cabe fluctuar de un grupo a otro y, así, independizarse de los requerimientos e imposiciones de las reglas explícitas e implícitas de cada grupo o de sus rituales de pertenencia y diferenciación. Los rituales, sacros o profanos, confluyen en el otorgamiento de sentido a la vida humana. Junto con las efemérides, el curso de las estaciones y las grandes fiestas (cívicas y religiosas), guardan el decurso de la existencia, marcan sus hitos. Unidos a los propios de cada individuo (nacimiento, años que se cumplen, etapas como la pubertad o la madurez, el casamiento, la finalización de una carrera u oficio), los nombrados anteriormente constituyen los momentos en que se juntan la vida colectiva y la personal. De este modo se desarrollan conjunta y mutuamente o entran en colisión y crisis.*

Lo notable de estos fenómenos radica en que todos los rituales, aunque, indistintamente, convoquen sentimientos de tristeza o de alegría (la celebración del Viernes Santo o la Natividad cristiana, un triunfo o una derrota histórica, un acontecimiento individual feliz o uno infausto) son esencialmente serios. Ello no quita que

durante el transcurso de un ritual sus participantes sientan o expresen una plenitud tan intensa que revierta, psicológicamente, la pesadumbre de lo que se conmemora, en una suerte de catarsis positiva.

Hasta los rituales paródicos son serios<sup>1</sup>, pues las etapas que deben cumplirse si pretenden alcanzar el clímax de la burla requieren de una precisión tesonera y constante. Cuanto más replicada y no similar presente la parodia la inversión de aquello que denigra, mayor el logro de su cometido. La parodia aparece como una respuesta inmediata a la interdicción, la menos inteligente, tal vez, porque no requiere de una alta dosis de creatividad para llevarse a cabo. La risa a que mueve la parodia, pobre por lo elemental de su motivo, no supera los límites de una carcajada tosca, desnudante menos del objeto que le ocasiona el espasmo cuanto de una personalidad, que en ese momento, es incapaz de encontrar un motivo original para su regocijo.

Si bien los seres humanos solemos acompañar con sonrisas la mayor parte de nuestras actividades cotidianas, no por ello implicamos que ese rictus signifique, siempre, un comportamiento alegre o divertido. Todo lo contrario. Considerada dentro del conjunto de las expresiones humanas, la risa, es, quizá, la más rica y polivalente de todas ellas, máxime si tomamos en cuenta que su mueca arrastra las demás gesticulaciones (frunces del entrecejo, encogimiento de hombros, giros de la cabeza, cierre de ojos ...). Su polivalencia, sin embargo, consiste en los múltiples significados, espirituales, cognitivos, estéticos, afectivos, con los que la totalidad del rostro y de la persona se "dice" mediante la sonrisa, la risa, o una apabullante carcajada, capaces de despertar en el receptor ánimos similares o totalmente opuestos, según la manera con la cual se comparta el motivo que originó tales gestos.

---

<sup>1</sup> La parodia carece de ser. Extrae su sustancia de la entidad a la que parasita, sin la cual perece. En este último sentido, la culminación de la parodia se da en los aquelarres, donde la inversión de la celebración cristiana adquiere ribetes absolutos. También la seriedad reina en estas misas satánicas. La verdadera oposición subyacente entre ambos rituales se halla en que, a la seriedad sublime de la misa cristiana, originaria, aquéllas oponen una seriedad repugnante: sólo quien sea capaz de vencer el natural rechazo a la blasfemia, la convulsión y lo nauseabundo presentes en cada momento del ritual paródico podrá llegar a ser un adicto del rey de las tinieblas.

Si hay algo que, por excelencia, distingue a los hombres de los animales, amén del universo simbólico presente en el uso de la razón y del lenguaje, lo encontramos en la posibilidad de reprimir las emociones. Si pretendiéramos, con este supuesto, factibilizar una catalogación de las culturas en un muestreo capaz de situarnos ante un arco que abarcase desde las represoras a las permisivas, observaríamos lo que sigue. Guardando las distancias históricas, ergológicas, económicas y de otra índole que las diferencian, todas las culturas reprimen algún aspecto de las emociones, con distintos fines y en variadas etapas en la vida del individuo. Desde el dicho japonés: “un samurai hambriento debe entrar al banquete mascando, satisfecho, con un mondadientes”, hasta “el llorar es cosa de niñas”, tan extendido en la pedagogía cotidiana, resultan incontables las instancias (desde los niveles populares del refranero a los discursos académicos y científicos) en las cuales las culturas educan desde el presupuesto de que sus integrantes deben ejercer un dominio regularmente fuerte sobre su expresividad emotiva.

Estos intentos de represión, que superan los límites de un simple freno a los instintos naturales, y llegan, incluso, a premodelar el carácter futuro de la persona, parecieran efectuarse siempre en nombre de la *seriedad* (la *gravitas* romana), máximo tribunal significativo de los actos humanos. A partir de ella dirimen las culturas los espacios restantes para lo lúdico y lo distractivo, los entretenimientos y la holganza, si bien la seriedad llega a inmiscuirse también en las competencias deportivas, los juegos de los adultos, los ratos libres. Tales espacios, hoy comercializados y politizados, vuelven a ser invadidos por la omnipotencia de la seriedad.

La seriedad sólo se alcanza plenamente mediante la represión de las emociones, intermediaria obligada entre la risa y lo serio, entre una actitud prácticamente espontánea y otra que también debe asumirse como tal aunque demande un esfuerzo mayor. Uno de los primeros rasgos humanos que el niño luce es la sonrisa. Con ella responde a las caricias y entrega de sus progenitores. No obstante, apenas la cultura, cualquiera sea ella, se encarga de su desarrollo posterior, la seriedad se convierte en la moneda constante de su existencia. No será la seriedad la actitud que la cultura reprima primordialmente, sino la risa, que se controla y dosifica. La liberación de

tales trabas lleva a caer en el ridículo o en la desaprobación social; su portador podría ser señalado como desmesurado, como lindante con la soberbia o la estupidez.

Sin embargo, no todas las actitudes serias traen consigo el correlato de profundas, inteligentes, creativas o ingeniosas. Usualmente la seriedad se convierte en una máscara para ocultar las trivialidades consecuentes del aburrimiento propio de la vida corriente que no encuentra sino en la seriedad un canal para transcurrir con la parsimonia y la monotonía que la caracteriza.

Vinculada a la seriedad, la solemnidad pareciera indicar un paso por delante de lo meramente serio. No todo lo serio es solemne, pero los actos solemnes presuponen una seriedad basa. Ahora bien, si la seriedad exige la represión de las emociones, la solemnidad las sublima, las altera, para lograr el objetivo que subyace a la motivación de los actos solemnes: enaltecer a quienes los realizan.

A veces, los actos solemnes buscan *intencionalmente* una modificación de las conductas de sus agentes y/o participantes, otras no. Entre los del primer tipo, por ejemplo, se encuentran las rememoraciones patrióticas. Ellas, amparadas por el marco del fasto que les otorga el esplendor del ritual y gracias a la emoción suscitada por éste, pretenden ganar las voluntades para su cometido político. Entre los segundos, vaya por caso la representación teatral de una tragedia que no oculte prédicas y sea simplemente una manifestación estética que depure a los espectadores de las emociones que traen consigo, sin predisponerlos para ninguna acción o acontecimiento particulares posteriores.

Así, sobre la gris persistencia de la seriedad diaria, reflejo de la actividad de unos seres que, no obstante el desempeño de su raciocinio, han sido incapaces de evadir tal determinación, se alzan los pináculos de lo solemne. Por tal motivo, resulta factible convivir bajo el amparo (o sobre la meseta) de la seriedad, y no, por el contrario, bajo la regencia de la solemnidad. Su exaltación constante terminaría desequilibrando incluso hasta a los caracteres más elaborados.

En los animales, dentro del forzoso antropocentrismo a partir del cual los consideramos, pareciera predominar la seriedad, de la que ni siquiera se han liberado los dioses de la Antigüedad clásica, cuya inmortalidad les hubiera permitido una vida

menos afligida que la humana... Ellos también, pese a las chanzas y juegos del Olimpo, eran serios y solemnes, de una seriedad correspondiente al riguroso antropocentrismo que los creó<sup>2</sup>.

La seriedad y la solemnidad que se deriva de ella se extienden a todos los ámbitos avizorados por el ojo, la inteligencia o el sentimiento humanos. Solemne es la noche estrellada en el invierno gélido, serio el mar que arroja sus olas sobre los farallones, el bosque que despierta en la mañana sacudido por el viento, la lluvia que fertiliza el prado; trágico y terrible el origen del universo a partir de una gigantesca explosión inicial, dramático el desenvolvimiento de la vida sobre la tierra desde los primeros infusorios hasta los desmesurados tiranosaurios, extinguidos en una lucha desigual contra elementos que todavía son fruto de especulación.

Hasta los mundos urdidos por la ciencia ficción y la utopía son serios y dan cabida a la solemnidad. El pensamiento humano no hace lugar a la algazara de cuanto existe fuera de él; extiende más allá de sí su propio ruedo de angustia y represión, sus sistemas ritmados por una sucesión de obligaciones y quebrantos, penurias y sofocaciones, resquemores y alertas.

Ningún estado de ánimo ensancha el espíritu como la alegría. Sin embargo, abruma por escasas las consideraciones filosóficas o científicas sobre lo que ella sea o sobre sus efectos en el hombre, como si su sola alusión menoscabara la seriedad del pensamiento. Se ha llegado hasta el extremo de unificar su significado con el de feli-

---

<sup>2</sup> La etología ha demostrado que el juego es una característica propia de los mamíferos principalmente en la etapa juvenil de su existencia. Nosotros añadimos que el juego animal, como se desprende del simple cotejo de la actividad de nuestros compañeros domésticos, no connota la seriedad y el compromiso que, poco a poco, fue adueñándose del correspondiente humano, como lo demuestran todos los eventos deportivos, incluso los *amateurs*, donde la competitividad, el estado atlético de los jugadores y su cuidado obsesivo, sus ansias de protagonismo, los enormes intereses económicos que mueven han llevado a convertir su práctica en razones de Estado y orgullo nacional. En el juego humano la ansiedad del triunfo reemplaza la alegría que observamos en la equivalente actividad animal. La imposición cultural ha desnaturalizado por completo el juego humano, convirtiendo el simple gozo de las posibilidades que nos brindan el cuerpo y la mente en fuente de preocupación y angustia, hasta el extremo de considerar el resultado final por encima de las prácticas.

cidad, siendo momentos anímicos, si bien no diferentes y complementarios, al menos de alcances contradictorios.

La alegría resulta de una expansión emotiva en estado puro. Aunque exista una sensibilidad inicial que distinga a los hombres entre sí en relación a experimentar, o no, con distinto grado los hechos de la vida, la alegría se caracteriza por la sorpresividad no siempre predecible con que los acomete.

A este rasgo hemos de agregarle el de la abarcabilidad, en el sentido de que recorre los ámbitos de lo humano por completo. La irrupción de la alegría cambia al ser humano totalmente. Ella instala un antes y un después de una manera radical y absoluta: plenifica al hombre y lo libera de las pesadumbres cotidianas. Durante el lapso que dura la alegría, el afortunado mortal invadido por su fuego cree eternizarse.

La alegría embellece al rostro afligido y, acaso, fortalece su cuerpo al detener, en ese instante, el deterioro que lo amenaza. El alcance de la alegría resulta, así, el de la verdad. Desde el momento en que obra como la rasgadora sorpresiva de un horizonte siniestro y oscuro, la alegría alumbra espacios antes imposibles de apreciar y descubrir. Y, así como llega, repentina, igual se produce el desvanecimiento, tanto súbito como gradual, de la alegría, dejando en el hombre un recuerdo purificador.

La felicidad, en cambio, parece responder casi directamente por la estructura de la personalidad propia de cada uno, de sus actitudes ante el mundo, de su modo de aceptar la suerte o la desdicha. Por esto la felicidad se prolonga en el tiempo existencial individual con un ritmo distinto al de la alegría, un ritmo hasta racional que se detiene en las cosas, las sopesa y compara. La felicidad permite esta toma de distancia que la alegría, en su irrupción, anula.

La felicidad resulta de un estado de bienestar que se extiende desde los placeres orgánicos hasta la bonanza económica, de una templanza en los deseos cuanto de una mirada cautelosa que no se arriesga más allá de sus límites, del logro de un camino interior hacia la perfección o de un triunfo esporádico en una actividad banal. Suele darse, incluso, la paradoja de que, personas regularmente felices por una suma de circunstancias psicológicas o exteriores, sean menos propensas a la invasión de la alegría, por la alteración que provoca, que otras en quienes prevalecen los altibajos de

la aventura interior, las cuales circulan por el mundo con menos cálculo que curiosidad y abiertas a las asechanzas de experiencias fatales o terribles.

Si bien la felicidad no nos acomete, repentinamente, como la alegría y si, también, existen personas felices que, sin embargo, jamás experimentarán la instantánea plenitud de la alegría, mientras algunos otros se alegran por un motivo excepcional no obstante el común denominador de la desgracia que ciñe sus vidas, una circunstancia singular emparenta estas actitudes: su independencia de cualquier tipo de ética o moralidad. La plenitud de la alegría puede llegar al ánimo tras la culminación de una larga y preparada venganza contra un enemigo cuanto por un éxito académico, la conclusión de una obra o cualquier otra cosa que el inagotable repertorio de las fuentes de la alegría nos permita. Lo mismo ocurre con la felicidad: propia de un sádico que tortura prisioneros en un campo de exterminio o de un médico que, después de la liberación, los salva. La una es moralmente repudiable, la otra no, pero las dos acciones producen satisfacciones similares en los individuos que obran para el logro de estos fines.

Algo semejante ocurre al observar las expansiones propias de la alegría colectiva. Difícilmente se trate de expansiones "universales". Esta euforia por lo general acontece cuando los adherentes de un equipo deportivo festejan la victoria sobre el oponente, o cuando todo un pueblo sale a celebrar la caída de los enemigos y su concomitante humillación.

Tal vez a estas alegrías y felicidades les quepa el mote de espurias, carga semántica que, sin embargo, no anula la experiencia que convocan. Carga semántica, además, que se torna relativa según los ángulos de visión desde los cuales se aprecian los hechos capaces de motivar su aparición en el ánimo para lograr su exaltación o sosegarlo. Y, si bien, por otra parte, esta misma carga semántica nos permitiría arribar a una taxonomía que colocase las fuentes intelectuales de la alegría y la felicidad por encima de las materiales y pedestres, no por ello dicha distinción perdería su carácter de insidiosa o fortuita: ¿es posible comparar la felicidad elemental de un niño haciendo despliegue de su imaginación en un juego solitario con la de un sabio que descubre una droga de uso ambivalente según los intereses del mercado, los grupos

de presión o las necesidades bélicas que la utilicen como elemento disuasivo en su arsenal bacteriológico?

En los recuerdos palpitan las alegrías pasadas. Fenecida su intensidad se convierten en una lasitud similar a la que embarga en la tarde quieta del verano, en un sueño que roza los límites de la tristeza cuando la nostalgia los evoca, una y otra vez, mientras la pesadumbre de la cotidianidad va ocupando el sitio de esos sentimientos con su trivialidad mordaz y persistente... Si la solemnidad, al menos, eleva el ánimo, la seriedad que acomete al hombre durante la mayor parte de su tiempo cubre a su existencia de un tinte monocromo capaz de alcanzar a cuanto lo rodea y reducirlo a cenizas triviales.

Lo trivial supera, en nocividad, al aburrimiento. El aburrimiento se hospeda en cada uno y aflora, como la alegría, en momentos inesperados. La trivialidad, en cambio, responde por un estado latente y presente del diario entorno social. En las conversaciones, en la aceptación de las imposiciones propias de las costumbres, en los atavismos gregarios que obligan a comportamientos estereotipados y que reducen al tan blasonado "amor" de la vida familiar, a una monotonía de cumplimientos fijos y reglados capaces de convertir los deberes en logros y el esparcimiento en prolongación de las tribulaciones del trabajo. Lo trivial aparece como la respuesta de la racionalidad cultural al equilibrio que la naturaleza expone entre sus elementos; feroz, durante el transcurso de un tifón que arrasa un istmo tropical, o, calmo, al estilo de una llanura donde pacen distintas especies de herbívoros en muda convivencia. La trivialidad responde por ese equilibrio en las culturas. Es lo obvio que sólo altera un accidente momentáneo, asimilado de inmediato por el tráfigo de la rutina. La noticia, titular de ayer en los periódicos, reemplazada hoy por nuevas tapas.

Con el concepto de "moneda constante" se puede caracterizar el dominio que la trivialidad ejerce sobre la vida. Cuanto mayor su imperio, mayor será el temor a la tragedia y el desencuentro que, a menudo, azotan la existencia humana volviendo incomprensible esa ruptura que se instala en el acontecer diario. Sin embargo, así como las aguas del estanque regresan a su quietud habitual después de haber sido perturbadas por la caída de una piedra, la trivialidad asimila cuanto fenómeno desdi-

buje el aplanamiento con el que sojuzga la existencia. Cuenta para ello con la alianza del tiempo y del olvido. Y de la memoria, que recupera los hechos y rescata los sucesos alteradores con la medida, también, de lo trivial.

Lo frívolo se estatuye como un aspecto privilegiado de la trivialidad. Al tocarla con un manto de tono menor la saca de su monotonía. El mundo frívolo no carece de sensibilidad ni para lo sublime ni para lo bello. Por el contrario, los alude con persistencia y utiliza sus connotaciones en diversos actos de la vida, si bien transformando todo con su volubilidad segura y constante. Por eso, el mundo frívolo no es incongruente o antojadizo. Encuentra su fundamento en la veleidad con que da cuenta de las cosas. Si la vida se caracteriza por lo transitorio de cada uno de sus momentos y adquiere ribetes trágicos por la rapidez con que se trastoca el nacimiento en muerte o en decrepitud lo joven, y, precisamente, en esta instantaneidad abreva la belleza para manifestarse como provisoria, el mundo frívolo desvigoriza lo trágico. Liviandad en el tratamiento de los hechos fundamentales de la vida, poco aliento para la búsqueda de la verdad, desinterés por cuanto pueda significar un acto efectivamente revulsivo que modifique la tranquilidad habitual resultan manifestaciones por antonomasia de lo frívolo.

Detrás de la frivolidad hallamos un vacío, sustancial, necesario y medido, no absoluto como el de la locura o el pesimismo radicales, sino lo suficientemente desleído como para no comprometer a nadie ni siquiera consigo mismo y permitirle subsistir bajo el amparo de una responsabilidad superficial, sin altibajos. La frivolidad no alza el vuelo, aunque tampoco se hunde. Es cautelosa; no ignora que en el freno de las grandes emociones y en la apariencia de lo tornadizo hallará su autojustificación y perdurabilidad.

Desde ya que el mundo frívolo no elude la seriedad. Si bien se trata de una seriedad ligera, liviana como las cortes de los reyes barrocos en donde la reglamentación de los usos poseía la misma consistencia que el estuco con el que sobredecoraban sus palacios. El frívolo juega sin jugarse. Los naipes se encuentran en la mesa, los dados ruedan por el paño y él conoce las reglas de un juego en el que siempre gana.

Por eso el hombre frívolo no es banal, ni el mundo para él insignificante, ni carecen sus juicios y prerrogativas de importancia. La frivolidad adquiere la forma de

una lectura y práctica del entorno como cualquier otra, pero se distancia de las demás en la resolución con que enfrenta las adversidades. Si bien no llega a nihilizarlas, cauteriza sus efectos, los aliviana, con la misma solvencia con la que le saca densidad a cuanto existe en su mundo circundante.

Junto con las incertidumbres y fracasos, las adversidades conforman los estigmas por excelencia de la finitud, algo así como la base sólida de nuestra seriedad, la lógica que le permite a la historia y a las civilizaciones y, con ellas, a las religiones, las ciencias, artes, políticas y filosofías construir a partir de su amparo la lectura del Universo y la inteligibilidad y práctica de la vida humana.

El gozo de las cosas y de nosotros mismos choca con la advertencia de ese andamiaje triádico, fluctuante de acuerdo con el momento histórico que lo asuma. A partir de esa presencia triádica el pensamiento derivará hacia una moral despótica que vea la existencia humana dominada por la fatalidad, hacia religiones que a esa misma vida la consideren simplemente un tránsito dirigido a otra instancia, distinta o superior, o hacia actitudes melancólicas que no excedan los límites de la contemplación y el fatalismo que las obliga a una actitud enervante.

El hedonista acepta la existencia de las cosas y se extiende sobre ellas como si se tratara de una amante complaciente. En lo efímero de la belleza y los placeres encuentra la alegría que para otros es causa de pesares. El hedonista se resigna a la temporalidad e intenta extraer de cada instante la plenitud que los portadores de creencias austeras solamente encuentran en una eternidad trascendente, que limita el deleite que ofrecen la naturaleza y cuanto hayan inventado o descubierto los hombres para auto-complacerse, y resulta únicamente alcanzable con un sacrificio constante, salvífico y depurador.

El hedonista no ayuna porque entiende las privaciones, por mínimas que fueren, como la negación de la ofrenda propia del mundo, algo que la conciencia de su fragilidad no le permite. Su comunión con el mundo, dispuesto para su fruición, lo conduce, imperceptiblemente, a una concepción casi mística del mismo, a un panteísmo individual y calmo, sin euforias que, en su desmedida, cercenarían su regusto por la vida, al obligarla a tensiones capaces de alterar su templanza y sosiego.

La mirada hedonista no carece de una languidez forzada por el disfrute de lo perentorio, languidez que la diferencia de la mirada frívola que soslaya o atempera las adversidades. En su juego prevalece el azar, porque en la incertidumbre de los resultados ve palpitar la misma incertidumbre que reina en los sucesos del mundo que lo conducen a vivir cada fragancia nocturna, sorbo de vino o éxtasis con la mujer amada como si fueran últimos o inaugurales, efímero-eternos por igual.

Por el contrario, el cínico desconoce la excelsitud solemne, la discontinuidad provocada por las alegrías, el sufrimiento hedonista. En cambio, responde ejemplarmente por la tipificación de un individuo serio. En las conductas cínicas la seriedad cumple el papel preponderante: seriedad en la sonrisa despectiva, la carcajada hiriente, la simulación del llanto o en la mueca indiferente, compañera del juicio que lacera. Sin el soporte de la seriedad, el cínico pierde credibilidad y sus dichos se desacreditan, volviéndose en contra de un emisor usualmente advenedizo. El cínico dispone de una mirada corrosiva y, a la vez, lejana. Si bien se compromete con lo dicho, no asume la responsabilidad por los efectos que su conducta cause. Se encuentra como fuera de sí. Para su defensa se vale únicamente de su raciocinio que utiliza con términos impersonales e interpone, así, una valla lingüística capaz de esquivar las exasperaciones de sus víctimas, que nunca alcanzan, de este modo, al núcleo de quien las irrita y desmerece.

Si sobre la base de una seriedad general, afectada o sincera, buscada, querida o impuesta la alegría puede desprenderse de experiencias religiosas o artísticas plenificadoras y la felicidad de una estructura psíquica capaz de mantenerse incólume aún padeciendo los peores inconvenientes, cabría, entonces, realizar una correspondencia entre la mirada frívola y la existencia feliz, por un lado, y, por el otro, entre la experiencia hedonista y la alegría a partir de la diferencia del ímpetu propio de ambos pares de conjuntos, ímpetu menor en el primero que en el constituido por el hedonismo y la alegría, en donde la vehemencia resulta esencial para alcanzar sus logros.

Desde este punto de vista el frívolo se asemejaría al cínico por la distancia que mantienen, el uno con las cosas y la condición humana y, este último, estrictamente con los hombres, a quienes desconsidera. Con justificación, a veces, por la fatuidad

de que hacen gala y los vuelve merecedores de sus dardos lingüísticos. Otras, empero, con descaro, al no establecer los límites entre lo banal y lo trágico que motivan el desparpajo de sus juicios.

Empero, si en las frases cónicas prevalecen el florilegio verbal y el ingenio, ello se debe a la estima que de sí mismo posee su protagonista. Si bien el juicio cónico afecta a quien, de una u otra manera, se coloca a tiro del cónico, la valía léxica, el hilo argumental o el simple gesto que merecen realzan, fundamentalmente, la agudeza y corrosividad del emisor.

En el sarcasmo, luce una intención distinta.

A la expresión sarcástica no le importa que se tome en cuenta la fuente emisora y se aplaudan o desvaloricen sus pivotes argumentales. El sarcasmo se vale por completo del sujeto al que victimiza para existir. Como la parodia, se asemeja a una entidad necesitada de parasitar si pretende lucir en el mundo. El sarcasmo se vale de la picota donde sitúa al infeliz que zahiere para sus logros porque, de otra manera, su mordacidad caería en el vacío. Requiere de una víctima quieta, indefensa, expuesta para suplir la gracia del cónico de la cual carece. Incisivo, cruel, se solaza con el sufrimiento que provoca de manera elemental y burda porque dispone de un talento elemental que le permite encontrar los yerros o las zonas débiles del individuo que humilla y deshace con sus burlas y denuosos. El sarcasmo apunta directamente a la dignidad humana; en ningún momento la ignora o soslaya. Si hay algo que el sarcasmo conoce es el sentimiento de vergüenza, responsabilidad o culpa del sujeto ridiculizado.

La personalidad sarcástica presenta una suspicacia notable que le permite descubrir, con rapidez, la fuente de la inseguridad ajena para exponerla a la burla, propia o colectiva. El sarcasmo avasalla al otro, arremete contra su valía para desmerecerlo y lograr el repudio, aunque momentáneo, de quienes participan en el escarnecimiento de la víctima.

A menudo el sarcástico disimula, con su actuación, la socarronería íntima que lo consume. Su astucia no titubea ante ningún signo apaciguador que fluya del sujeto al que desnuda y cosifica. El sarcástico requiere que la víctima contraiga sobre sí misma la totalidad de la atención, pues, si ocurriera lo contrario, los demás se deten-

drían en él... para advertir un ser-sin-ser, una vaciedad incapaz de construir su propia identidad salvo desde lo que destruye.

Por encima de estas actitudes humillantes del sarcasmo se alza la ironía, ingeniosa y límpida a diferencia de la sordidez patente en la agresión sarcástica, cuyas enunciaciones, cristalinas y divertidas, la alejan igualmente de las aceradas propuestas del cinismo. La ironía no se presenta como la contracara de la seriedad, aunque tampoco la niega. Más bien parecería una suerte de entreacto entre los distintos cuadros del gran espectáculo teatral de la existencia humana dominada por la pesadumbre, la ansiedad, las ambiciones, la angustia o las esperanzas, entre otros constituyentes de ese decorado omnipresente de la seriedad que envuelve el escenario.

Antes que nada llama la atención en la ironía su intraducibilidad. Cualquier intento por explicar un acto irónico, por desmadejarlo para quien no lo haya entendido de inmediato, se encuentra, de antemano, condenado a una retahíla de explicaciones *ad hoc* que lo defraudarán. En esto se asemeja a los símbolos y las metáforas. Ellas se encuentran presentes. Su captación directa sin necesidad de explicación alguna revela mucho más que algún trabajo posterior minucioso y erudito. Una ironía es en un momento y en un sitio determinados y responde por situaciones concretas que, tal vez, jamás vuelvan a repetirse. Por ello la ironía es inmediata. Una emisión de voz instantánea que, o bien se pierde en el olvido o pasa a formar parte del anecdotario de algún hombre, que la memoria colectiva parcializa en su singularidad.

La ironía requiere de varias complicidades simultáneas para ser aprehendida. En primer lugar, la propia de la cultura en donde se expresa. Dificultamos imaginar que una ironía rioplatense sea captada por un interlocutor asiático recién llegado a estas costas y que aun no ha comenzado a percatarse de las peculiaridades de sus habitantes. En segundo término, la idiomática. Cabe traducirla, pero, en el trayecto, perderá parte sustancial de su encanto. Tercero: la complicidad intelectual. Una ironía lanzada en un medio bien informado y educado en los altos valores artísticos, literarios, científicos y filosóficos trasladada a un entorno carente de estos bienes será recibida como algo sin sentido, sofisticado, vacuo.

Por este motivo, la ironía no es ramplona. Además de la complicidad requerida para volverse entendible, necesita de un emisor inteligente capaz de verlo todo en un instante y que la exprese, entonces, sin altisonancia alguna, dejando que únicamente la construcción gramatical se encargue de convocar la risa, el asombro, mas, por encima de todas las cosas, la perplejidad, la consecuencia fundamental de la ironía.

Estar perplejo significa que, por un instante, los entes, los hombres, los acontecimientos y nosotros mismos nos aparezcamos como iluminados por una fulguración insospechada, extraña, en donde la duda, la confusión, el trastocamiento se convierten en los dueños de una situación que, con la misma rapidez que la originara se diluye, dejándonos el regusto de un instante diferente, donde acabamos de vivir un instante intransferible.

Indistintamente, la tristeza o la alegría acompañan la expresión irónica, que por la altura intelectual implicada en sus juegos lúdicos posee características purificadoras. La ironía se distancia de los estados de ánimo o de las circunstancias fijas que la precisan o determinan, acude al espíritu cuando éste se encuentra arrobado ante una obra de arte, ocioso frente a una escena cotidiana intrascendente, absorto en la solemnidad de un acto, distendido en medio de una conversación entre camaradas o lo que fuere.

¿Qué sería sin ella del pensamiento filosófico que la utiliza como un arma punzante en su dialéctica continua y deja al necio que lo fustiga sin argumento alguno, salvo el de su torpeza? Sería impropio el pedido de alguna misión a la ironía. Ella se limita a existir. Su presencia, empero, embellece la vida, porque obliga al entendimiento a darse cuenta de que ningún lugar es firme, que el piso de nuestra existencia es un tembladeral y que nadie se halla exento de tropezar justo en el momento en el que la seguridad de sus afirmaciones lo persuadieran de lo contrario.

La ironía obra como una cucaña. Cuando los conceptos y los conocimientos se creen al alcance de la mano, provoca un nuevo resbalón y obliga a comenzar de nuevo, a meditar en sus advertencias liminales a las desmesuras de un yo que, en su enreimamiento, solamente consigue una disminución de sus posibilidades.

Si bien la ironía nos permite reírnos de nosotros mismos, también ubica a quienquiera disfrute de la ocasión para provecho propio en un sitio similar. Nada deja

incólume, ni aun la seriedad caricaturesca de aquellos a quienes la sociedad, o el azar, colocaron en situación de pretenderse estrellas políticas, científicas, literarias o de vestirse con cualquier otro hábito que los prestigie. El *magister dixit*, una falacia perversa y negativa para el progreso del conocimiento y el crecimiento humanos, expuesta como última valla de contención para sus endebleces profundas y raigales, irredimible, hace aguas como un esquife golpeado por las olas, cuando la ironía descubre y expone sus contradicciones.

¿Qué descubre en nosotros la ironía sino la fragilidad inaugural que nos condujo al mundo y nos mantiene en él, donde asumimos, de tanto en tanto, algunos roles protagónicos y, siempre, accidentales? Y la resignación: somos mortales, nuestra verdad más fuerte y dolorosa.